



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

[www.ceid.edu.ar](http://www.ceid.edu.ar) - [admin@ceid.edu.ar](mailto:admin@ceid.edu.ar)

Buenos Aires, Argentina

## UZBEKISTÁN: COMPLEJAS RELACIONES CON EL VECINO KIRGUÍS

29/09/2010



**Luis Sánchez\***



Uzbekistán y Kirguistán son dos de las repúblicas centroasiáticas que han mantenido unas relaciones más complejas desde que, tras el derrumbe de la Unión Soviética en 1991, ambas accedieron a la independencia.

Los dos países vecinos comparten, desde hace siglos, unas intensas relaciones comerciales, sociales y culturales que son especialmente intensas en la zona del valle del Fergana, uno de los puntos con mayor densidad de población de toda Asia Central. Además, debido a la enorme variedad étnica de la región, miembros de las diferentes nacionalidades de la zona siempre han vivido a ambos lados de la

---

\* *Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (2001). Vicepresidente de la Asociación Hispano-Kirguís SUMALAK. Miembro del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo, CEID, de Buenos Aires, Argentina. Se desempeñó en la Universidad Nacional de Kirguistán y en la Academia Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores de ese país entre 2002 y 2003.*

frontera, compartiendo lazos de amistad y parentesco. Sin embargo, estas tradicionales relaciones fueron en gran medida interrumpidas tras la desaparición de la URSS y el establecimiento de unos regímenes fronterizos no existentes hasta entonces, que han ido complicando la convivencia tanto para kirguizos como para uzbekos.

Uno de los ejemplos más surrealistas y dramáticos de estas políticas es el de los enclaves de uno de los países en territorio del otro. En concreto, Kirguistán posee la titularidad del pueblo de Barak, con apenas 1.000 habitantes, dentro de territorio uzbeko; pero más numerosas son las poblaciones uzbechas dentro de Kirguistán. Son cuatro los enclaves de este tipo: Sokh, Sakimardan, Chong-Kará y Jangy-ayyl; de ellos, Sokh es el más importante, con una población de unas 70.000 personas, la mayoría de ellas, además, de la etnia tayika. Las complicaciones que surgen en la vida diaria tanto en estos enclaves como en los pueblos fronterizos son enormes y han provocado multitud de conflictos entre los dos países, con ocasionales episodios de violencia entre los vecinos y los guardias fronterizos, generalmente ocasionados por el uso de pastos o los intentos de evitar los interminables controles y sobornos a los que se pueden enfrentar los habitantes simplemente por cruzar la frontera para visitar a sus familiares o trabajar en el comercio.

Otro de los factores que ha incrementado el nivel de tensión a ambos lados de la frontera ha sido la actitud beligerante del gobierno uzbeko y de su máximo responsable, el presidente Islam Karimov. Especialmente desde finales de los años noventa y como respuesta a una serie de incursiones armadas del grupo terrorista Movimiento Islámico de Uzbekistán, Karimov comenzó a tomar una serie de medidas represivas y defensivas, como la colocación de minas en diversos puntos de la frontera, que han llegado a afectar tanto al ganado como a habitantes del lado kirguís. Asimismo, han sido muchas las ocasiones en las que se ha acusado a los guardias fronterizos uzbechos de disparar indiscriminadamente a pacíficos ciudadanos kirguises, llegando a causar varias decenas de muertes en los últimos años.

Sin embargo, han sido las relaciones energéticas las que más ampollas han levantado y las que más afectan a las poblaciones generales de ambos países. El problema es recurrente en la región: Uzbekistán posee grandes cantidades de gas natural que, en época de la URSS, era enviado sin interrupciones a Kirguistán para su consumo en la calefacción --básica en los duros meses de invierno--, mientras que las abundantes reservas de agua que tienen los kirguizos han sido un recurso fundamental para la extensa red de agricultura de regadío uzbeko, una de las principales fuentes de ingreso estatales. Con la llegada de la independencia, los recursos pasaron a ser considerados una riqueza nacional y, por tanto, igual

una fuente tanto de ingresos como una herramienta de negociación. De esta manera, Uzbekistán ha cortado regularmente el suministro de gas a Kirguistán cuando ha considerado que las demandas económicas sobre las condiciones de pago no eran suficientes; por otro lado, aumentan en Kirguistán las opiniones de expertos que exigen que las reservas hídricas se dediquen fundamentalmente a la producción de energía hidroeléctrica para consumo interno y que las exportaciones tengan contraprestaciones económicas que puedan mejorar la situación del país.

Las relaciones entre los dos países, como vemos, no han dejado de estar plagadas de tensiones y recelos mutuos pero, y atendiendo a la realidad de la vida diaria de ambas poblaciones, no puede decirse que tanto kirguizos como uzbekos hayan vivido estas últimas décadas con un intenso odio entre sus poblaciones. Más bien al contrario, el nivel de convivencia ha sido bastante ejemplar teniendo en cuenta los factores de potencial conflicto que existen en la región: una situación económica desastrosa, alta densidad de población, paro extendido entre gran parte de la juventud, creciente nacionalismo excluyente, penetración de redes islamistas radicales...

Este verano pasado, sin embargo, ha asistido, tristemente, a una revitalización de los motivos para preocuparse por la relación entre los dos vecinos que comparten el valle del Fergana.

Paradójicamente, mientras el pasado 11 de junio el partido inaugural del Mundial de fútbol de Sudáfrica era arbitrado por el uzbeko Ravshan Irmatov y asistido en la banda por el kirguís Bajadir Kochkarov, en la ciudad de Osh se desarrollaba un intenso conflicto que tenía como principal objetivo a la población uzbeka del sur de Kirguistán. La noche anterior, una serie de ataques coordinados iniciaron una serie de batallas campales que dejaron cientos de muertos, principalmente en los barrios uzbekos de la ciudad; apenas unas horas después comenzó un éxodo hacia el país vecino que desembocó en una oleada de refugiados, contándose por cientos de miles de personas, que intentaban huir de la violencia y encontrar asilo en Uzbekistán.

Esta crisis hizo temer lo peor: una escalada de violencia étnica en la zona en la que la mayoría kirguís iniciara una limpieza étnica de la minoría uzbeka. No obstante, y pese a que es evidente que la mayor parte de los ataques se centraron sobre ésta, las investigaciones que se están llevando a cabo apuntan insistentemente a una organización del conflicto por intereses aún no aclarados. Pero a pesar de este hecho, es necesario recalcar que la realidad no esconde el intenso nacionalismo que se ha propalado entre la población kirguís durante la última década, especialmente durante el régimen del ex presidente Bakiev, y que ha colaborado en gran medida a la extensión de la violencia.

En cuanto a la reacción de Uzbekistán, fue una cierta sorpresa que la gestión del presidente Karimov resultara tan rápida y organizada, especialmente respecto al acogimiento de los refugiados. En una región en la que el cierre de fronteras ante cualquier crisis es algo común, la organización de campos de refugiados en territorio uzbeko fue una acción alabada por toda la comunidad internacional. Sin embargo, apenas una semana después de los acontecimientos en el sur de Kirguistán, los refugiados fueron volviendo progresivamente a sus hogares, en una mezcla, por un lado, de interés por observar los daños que pudieran haber sufrido sus hogares y el deseo de regresar a un país mucho más abierto y tolerante que Uzbekistán, mientras que por otro lado, las presiones tanto del gobierno kirguís, deseoso de normalizar la situación ante el referéndum constitucional programado para el 27 de junio, como por la presión del gobierno uzbeko, que no deseaba un núcleo de población habituada a mayor libertad política y de expresión junto a sus más reprimidos habitantes.

El hecho es que tras la finalización de esta crisis, la situación de las relaciones entre los dos países se ha mantenido en unos niveles de inusual buen tono, teniendo en cuenta el número de víctimas uzbekas del conflicto y que las autoridades judiciales de Kirguistán han considerado culpables del mismo a personas étnicamente uzbekas, como Azimjan Askarov o Kadyrjan Batyrov. Uzbekistán no ha protestado por estas acusaciones y mantiene su habitual postura de considerar a cualquier participante en protestas anti-gubernamentales como un terrorista.

Parece que las relaciones entre los dos vecinos ha entrado en un momento de tranquilidad institucional, seguramente debido más al interés uzbeko de volver a entrar en la órbita de las potencias occidentales y alejarse de posturas agresivas como las mantenidas en el pasado. Esta situación favorece a ambos gobiernos y ayuda en la estabilidad de sus poblaciones, al menos en un aspecto general, aunque es posible que tenga peores consecuencias para activistas de Derechos Humanos u opositores al régimen uzbeko. Asimismo, Uzbekistán se mantiene contrario a varios proyectos de construcción de reservas hídricas tanto en Kirguistán como en Tayikistán, y es posible que en el futuro vuelva a ejercer un cambio en sus políticas y mostrarse más agresivo con sus vecinos.